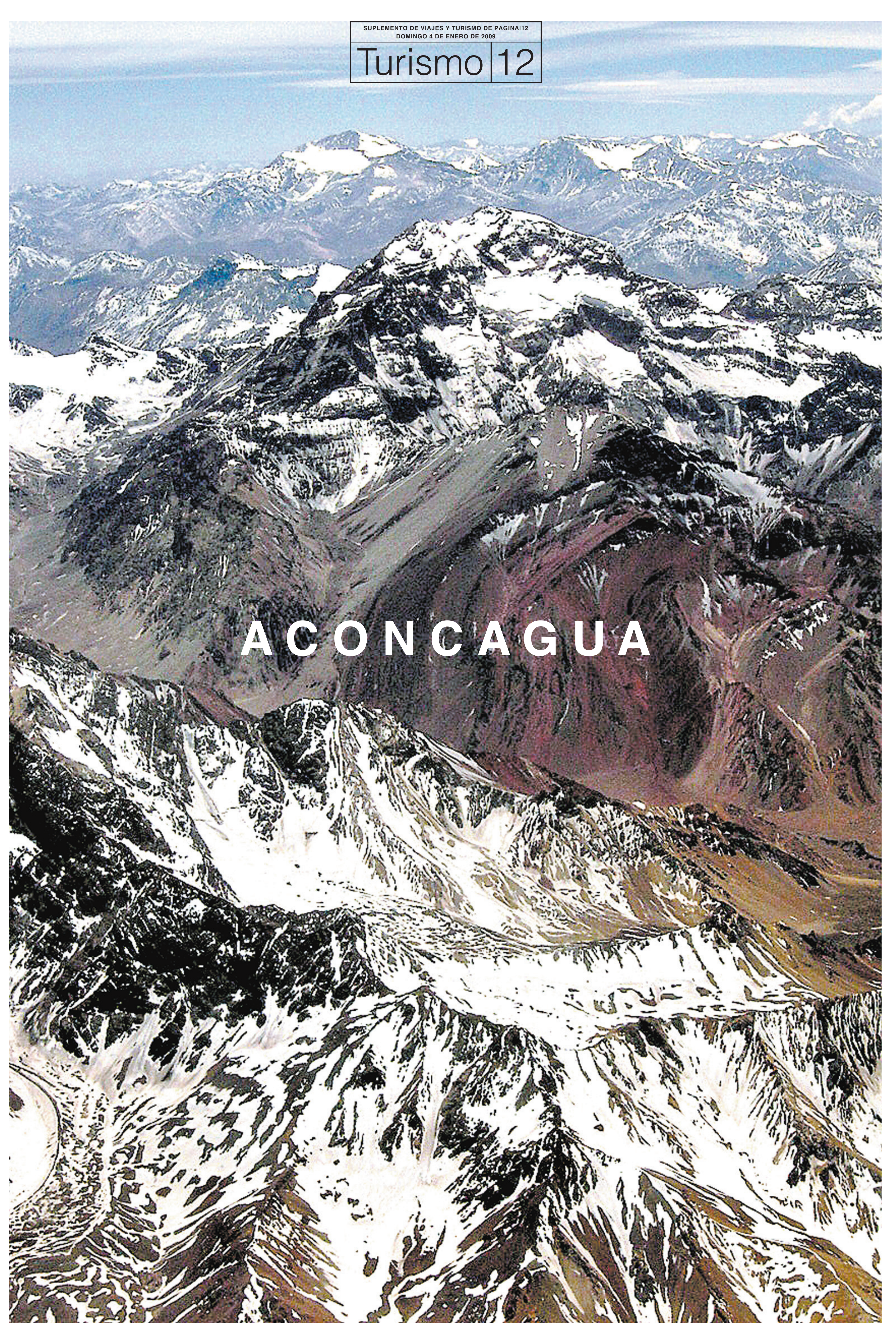
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 4 DE ENERO DE 2009
Turismo 12



# ACONCAGUA

En plena temporada de altas cumbres, llegan a Mendoza montañistas de todo el mundo para ascender al coloso de los Andes.


Las construcciones incas perduran en varios muros centenarios en las callecitas del Cusco.


El antiguo palacio inca del Coricancha, hoy convertido en iglesia con cimientos prehispánicos.

POR JULIAN VARSAVSKY

**PERU** *La arquitectura del Cusco*

# Inca y colonial

**En un recorrido por la ciudad de Cusco se siente el peso de la historia. Del esplendor prehispánico de sus edificios sólo han quedado cimientos y muros sobre los cuales los conquistadores españoles levantaron iglesias y casonas coloniales. Un paseo por la Plaza de Armas, la antigua Huacaypata, centro del Imperio Inca, y una visita al convento de Santo Domingo, construido sobre el palacio imperial llamado Coricancha.**

Al acercarse al Cusco caracoleando por la carretera sobre el filo de los Andes, la ciudad aparece de repente tras una curva al fondo de un cerrado valle. De lejos su aspecto es uniforme, con casas bajas de color terracota fundido con el rojo gastado de las tejas. La ciudad es inmensa y se derrama por el valle subiendo laderas, pero su aspecto es el de un pueblo grande donde sobresalen apenas los dos campanarios de la catedral, levantada sobre el palacio del inca Wiracocha.

Junto a la ruta se suceden casas de adobe rodeadas por cuadrículas de cultivo muy verdes. Y aparecen las primeras "mamitas" de pollera larga y sombrero negro, sentadas en el piso vendiendo flores y verduras, friendo comida a la sartén o simplemente conversando entre ellas. Pero al desembocar en la colonial Plaza de Armas del Cusco, antigua plaza Huacaypata del Imperio Inca, es cuando todo el peso de la historia –el desarrollo de un imperio, su ocaso y el dominio español– se siente sobre la espalda, con la sensación de llevar a cuestas una tumultuosa mochila que concentra desde siempre los fastos incaicos de un Inti Raymi en homenaje al sol, el ingreso de Pizarro al Cusco a pura descarga de pólvora y la decapitación de Tupac Amaru.



## EL CENTRO DEL IMPERIO

En todo el mundo las plazas son, por esencia, un espacio abierto sin mucho más. Por eso no cambian demasiado a lo largo de la historia; lo que va variando es su alrededor. En general se puede ocupar una plaza, pero difícilmente destruirla como a una ciudad. Y eso fue lo que pasó con el Cusco y su plaza. A cada uno de los 23 palacios incas se le superpuso una iglesia, pisoteando una arquitectura con la otra casi hasta anularla. Y a cada casa inca se le construyó encima una casa colonial, en las que de todas formas perduran los cimientos originales e incluso muros que hoy tienen más de 500 años en pie. A la plaza, en cambio, sólo se le demolió un "ushnu" circular y se le agregó una fuente en las últimas décadas. Pero su lugar no fue mudado —aunque esté subdividido ahora en tres plazas– y carga con el valor simbólico de un lugar que fue el centro mismo del poder político y religioso del vasto imperio del Tawantinsuyo.

De las esquinas de la plaza Huacaypata nacían cuatro caminos –que siguen estando en su mismo lugar–, dirigiéndose hacia los cuatro suyus o provincias del gran imperio: el Chinchaysuyu al norte, el Kollasuyu al sur, Antisuyu al este y Kontisuyu al oeste. Esos cuatro caminos troncales se ramificaban en una compleja red vial llamada Qhapaq Ñan, que se estima llegó a abarcar unos 23.000 kilómetros, extendiéndose por los actuales Argentina, Bolivia, Chile, Ecuador, Colombia y Perú.

Esos cuatro brazos por cuyas venas fluía el poder de un imperio con entre 30 y 40 millones de súbditos, todavía existen segmentados en centenares de fragmentos ya que, como las plazas, no es tan factible destruir caminos en la montaña, menos aún si el interés de los españoles era cuidarlos dada su utilidad. Por esa razón los caminos del Qhapaq Ñan a lo largo de sus seis países probablemente vayan a ser declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Alrededor del Cusco hay muchos restos de los empedrados del Qhapaq Ñan que surcaban los chasquis con sus mensajes grabados en la memoria, corriendo unos 10 kilómetros hasta la siguiente posta donde los esperaba otro mensajero. Por esos caminos transitaron también los ejércitos de la pax incaica y las caravanas de llamas que llevaban y traían oro, plata, maíz, coca, charqui y textiles. Muchas veces los caminos se abrían sobre la roca misma, llegaban hasta el mar y trepaban y bajaban los Andes. Y los ríos se sorteaban con puentes colgantes y de "arco falso".

La red de caminos incas también sirvió para promover el quechua como lengua unificadora y para transmitir toda clase de noticias oficiales que tardaban, por ejemplo, alrededor de una semana en llegar desde el Cusco a Quito.

### DATOS UTILES

■ **Cómo llegar:** La agencia de viajes Cusco Explorer ofrece un paquete con traslados y alojamiento para visitar el Cusco, los pueblos del Valle Sagrado y Machu Picchu en 7 días y 6 noches que cuesta 550 dólares (más el pasaje de avión). El trekking guiado por el Camino del Inca (4 días y 3 noche) cuesta 300 dólares. Más información al teléfono 4782-4167. Cabildo 2230 7A, CABA. www.incapoint.com

■ **Dónde alojarse:** El Hotel Koyllur Inn está ubicado en el casco histórico de el Cusco y ofrece habitaciones dobles muy confortables por 70 dólares. Todo el tiempo hay disponible té de coca para apaciguar los efectos de la altura y hay también habitaciones suite con hidromasaje. www.koyllurinn.com

■ El Koyllur Hostal es una excelente alternativa económica, en una hermosa casona de dos pisos con un patio interno techado, donde las habitaciones dobles con baño privado cuestan 45 dólares. www.koyllurhostal-peru.com

■ **Más información:** Embajada del Perú. Av. del Libertador 1720, de lunes a viernes de 9 a 13 y de 15 a 18. www.embajadadelperu.com.ar



La Plaza de Armas ocupa el espacio de la antigua plaza imperial de Cusco.

En 1533, cuando Pizarro aprehendió al inca Atahualpa en Cajamarca luego de invitarlo a parlamentar, éste quiso comprar su libertad prometiéndole llenar dos habitaciones de plata y una de oro *"hasta donde alcanzara su mano"*. A los pocos días, por los caminos del Qhapaq Ñan llegó desde cada rincón del imperio tanto oro que aparentemente Atahualpa pudo cumplir su promesa. El que no cumplió, por supuesto, fue el conquistador, quien lo hizo ahorcar.

**EL CUSCO HOY** Para tener una idea clara de lo que es el Cusco hoy –al menos su enorme centro histórico, donde viven 200 mil personas– hay que hacerse a la idea de que en ese viejo casco hay dos ciudades superpuestas. Cada una de las casas –la mayoría de las cuales data de los siglos XVII y XVIII– ocupa el lugar exacto de una antigua casa inca, casi sin excepción, igual que las iglesias. En el punto neurálgico del Cusco histórico también hay dos plazas en una: la Huacaypata y la Plaza de Armas, que en ambas culturas cumplían una función similar, ya que a su alrededor se encontraban los edificios del poder.

Cuando un gobernante inca moría no dejaba su palacio al sucesor –quien se hacía construir el suyo propio–, y allí continuaban viviendo sus hijos no coronados, las esposas y la servidumbre. Esos palacios tenían una especie de patio interior cuadrado con un edificio en cada uno de los lados, formando una especie de cruz, llamado cancha. Y el Cusco estaba –y está, subyacentemente– lleno de esos palacios que simplemente han cambiado de forma. El más grande y emblemático de ellos fue el Coricancha, hoy Convento de Santo Domingo. De acuerdo con las crónicas de Garcilaso de la Vega, el Coricancha tenía en su interior numerosos templos y recintos, con sus paredes enchapadas en oro con láminas del grueso de un pulgar. También tenía "jardines" con plantas, piedras, frutas, caracoles, lagartijas y mariposas, todas piezas de orfebrería de oro puro. Pero la pieza más deslumbrante era un disco de oro macizo que en la repartija del botín le correspondió al español Mancio de Sierra i Leguizamo, quien se lo jugó a los dados y lo perdió.

El Coricancha resume la esencia cusqueña en términos arquitectónicos. En un lateral se ve un alto muro curvo de piedra negra de una perfección asombrosa, creado por los incas. Justo encima los españoles agregaron –herencia cultural de cuando ellos fueron conquistados por los moros– un balcón con arcos mudéjares. Y a un costado, la fachada del convento es puramente barroca. Los españoles levantaron este templo dominico sobre el templo anterior en 1534, aunque la parte nueva se vino abajo en 1650 por un terremoto, permaneciendo en pie la resistente estructura inca. Y en 1681 se lo volvió a construir.

El oro fue sin dudas la perdición del Cusco, el motivo principal de tanta avaricia y el objetivo de la dominación. La mayor parte del oro inca fue fundido para realizar nuevos tesoros (otra vez la superposición). Y esa materia prima fue la que usó en los siglos XVIII y XIX la escuela cusqueña de orfebrería que, por ejemplo, decoró los artesonados de los imponentes altares de las iglesias de el Cusco, recubriendo tallas de cedro con el llamado "pan de oro". Además los orfebres fabricaban cálices y joyas en general, como lo ejemplifica la siguiente cita: "Juan Núñez de Gálvez, maestro orfebre con el capitán Andrés de Chevarría y Félix Antonio Zambrano, mayordomo de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario, fundada en el Convento de Santo Domingo, reciben lo siguiente: 88 diamantes, 5 rubíes, 5 zafiros, 3 jacintos, 616 esmeraldas, 3 amatistas, 921 diamantes de Bohemia, 8 calabazas de perlas y 200 castellanos de oro de Carabaya para engarzarlos en dos coronas para la Virgen del Rosario. Dicha obra será acabada y entregada a la perfección en el término de ocho meses de la fecha de este contrato, por la suma de 1500 pesos corrientes. Cusco, 12 de noviembre de 1707".



Los tejados rojos de Cusco vistos desde una colina suburbana.

El oro inca hecho tesoro otra vez se puede ver entonces en las diferentes iglesias cusqueñas, como por ejemplo en la catedral de la ciudad frente a la Plaza de Armas. Esta iglesia se levantó utilizando una piedra rojiza extraída de la fortaleza de Sacsayhuamán y su estilo no es barroco y plateresco como el del resto de las iglesias del Cusco, sino renacentista. Y sus interiores están decorados con cedro tallado revestido con cantidades increíbles de panes de oro y plata repujada.

**EL MITO DE ORIGEN** El origen mitológico del Cusco se remonta a la emigración de los legendarios Manco Cápac y Mama Ocllo, quienes habrían brotado de un capullo en el lago Titicaca. Para conocer en detalle la cotidianidad del mundo prehispánico existen las maravillosas crónicas del Inca Garcilaso de la Vega y los dibujos de Guamán Poma de Ayala. El presente, por supuesto, se capta caminando por las callecitas del Cusco, donde algo en el aire sugiere la presencia del mito. Pero ese ambiente produce sensaciones encontradas. Porque se percibe también la vieja tensión entre las culturas superpuestas, la fuerza de algo que está latente bajo los adoquines españoles que taparon las lajas incas, o en los cimientos de piedra casi invisibles que sostienen las iglesias católicas que fueron templos del sol. En la piedra de esa arquitectura se ve desde lo simbólico el aniquilamiento de un imperio, que también había sido cruel. Pero por las calles no circulan fantasmas sino la continuación viva de una cultura sincrética, que se reacomoda a los tiempos lo mejor que puede y en constante cambio, reafirmando una identidad a veces en conflicto consigo misma. Lo interesante más allá de la postal es que eso se ve todo el tiempo. Y en este detalle de observación radica la cuota extra de este viaje a la raíz profunda de la América andina.



Desde la cumbre, silencio y contemplación ante la magnificencia de un horizonte sin límites.



Las famosas carpas panal, agrupadas por sectores en uno de los campamentos base.



Las agujas de los penitentes forman un “campo” de hielo cerca del refugio Plaza de Mulas.



El sendero de penitentes conduce al hotel-refugio Plaza de Mulas, el más alto en su tipo.

**Entre las altas cumbres de la multifacética tierra mendocina está uno de los picos más desafiantes para los amantes del montañismo mundial. Desde hace unas semanas y hasta mediados de marzo, los 6962 metros de altura del imponente Aconcagua reciben la visita de escaladores de los rincones más lejanos del planeta. Cómo llegar al famoso gigante de América.**

**MENDOZA** *Montañismo en temporada*

# Desafío al Aconcagua

**POR PABLO DONADIO**

“La montaña termina abajo.” Esa es la frase menos dicha pero mejor aprendida por los montañistas, cuyo deseo (ardiente, solitario, irrefrenable) por alcanzar la cima, no nubla sin embargo su razón. Ese sentimiento roza de manera extraña con lo que a veces se piensa de ellos y su irreverencia conquistadora. “La montaña termina abajo” significa que, corazón y fortuna mediante, estar en la cima es apenas la mitad del camino para el montañista. Y ser montañista es sentir un profundo respeto por la Tierra y los códigos que ella imparte allá arriba, donde no caben los caprichos y donde la naturaleza en su máxima expresión da cuenta de nuestra pequeña existencia. Ese sentir, profundo y silencioso, se enciende de manera particular con algunos picos famosos; no ocurre con todos. En ese top del ranking aparece el “techo” del continente americano: el Aconcagua, el punto más alto del mundo occidental.

Sinónimo de respetuoso desafío para los amantes de las cimas, sus siete kilómetros extendidos al cielo invitan a develar los secretos de las nieves eternas, de las cuestas contra nivel, y del magnífico mundo de las alturas. Alcanzar su cumbre o realizar el trekking hasta alguno de sus campamentos base es una experiencia sencillamente inolvidable y muy recomendable.

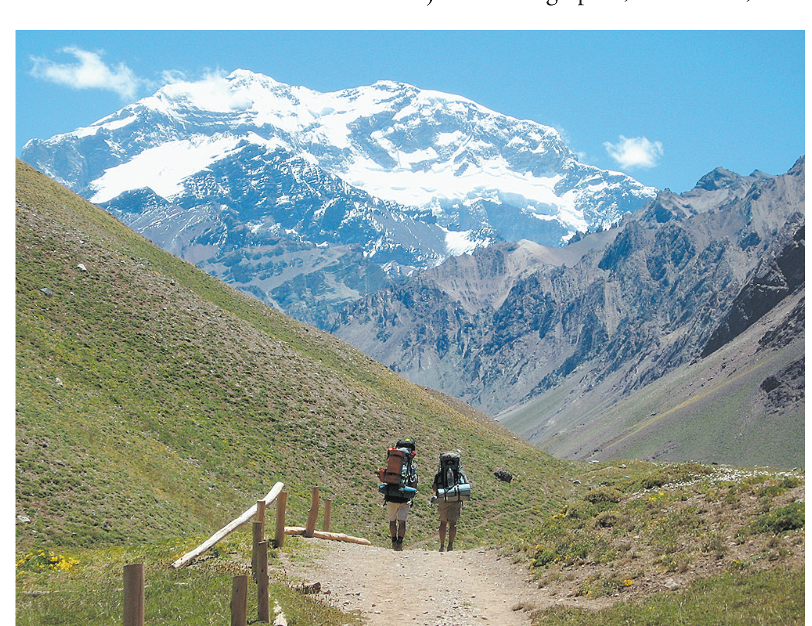
**EL GIGANTE ANDINO** Centinela de piedra. Eso significan las palabras quechuas Akon y Kahuak, que dieron origen al nombre del monte Aconcagua. Vigía absoluto de la región con sus 6962 metros sobre el nivel del mar, ha sido testigo del paso del tiempo y de la presencia, repetida año tras año, de los escaladores más avezados del mundo, que llegan a su base para emprender la travesía por su cuerpo. Se cuenta que en el pasado fueron los representantes del imperio incaico los primeros que se animaron a subir las empinadas laderas del cerro, superando algo más que los 5000 metros de altura.

Casi con los inicios de la escalada deportiva, Paul Güssfeldt encabezó el primer intento de cima en el monte. El alemán no logró hacer cumbre, pero llegó a marcar la ruta y alcanzar los 6560 metros, unas tres cuadras antes de la ventosa y escarpada cúspide. En enero de 1897 (catorce años más tarde del intento de Güssfeldt) la expedición europea a cargo del suizo Matthias Zurbriggen conseguiría llegar al famoso techo de América. Muchas escrituras relatan el viaje como una verdadera hazaña: no sólo debió realizarse con el rústico equipamiento de esos tiempos, sino además sin senderos marcados, mapas ni refugios como hoy existen de manera escalonada sobre el monte. Tal empresa requería la escalada, que hasta 1934 sólo ocho expediciones habían logrado para hacer cima. Ese año marcó, por un lado, el ascenso del teniente Nicolás Plantamura, el primer argentino en hacer cumbre en compañía de alpinistas italianos y el arriero chileno Mariano Pastén. Ese año fue clave además para las futuras travesías, ya que ofreció gracias al trabajo de un grupo polaco, una segunda ruta. Ese itinerario pasa a través del bellísimo glaciar Noroeste, y se la llamó la ruta del Glaciar de los Polacos. Desde entonces se han inaugurado muchas vías más sobre sus faldeos, tanto por viejos como por nuevos montañistas, que llegan especialmente a Mendoza cada nuevo año para transitar alguna de las treinta y pico de vías de acceso. Este furor hizo, entre otras cosas, que el Aconcagua se convirtiera en el centro de un parque provincial que abarca 71.000 hectáreas, dentro del departamento de General Las Heras.

**COMIENZA EL CAMINO** Las semanas que van desde fines de noviembre hasta el fin del verano son claves para la visita al Aconcagua. Desde hace ya varios años estos meses ven llegar a cientos de escaladores nacionales y extranjeros (sumados triplican las cantidad de argentinos, que son unos 2000 por temporada) para iniciar el camino de aclimatación y “prepararse para atacar cumbre”, como dicen los hombres del palo. “Aquí llegan tipos de todos lados, de todas las regiones y culturas. En el refugio se han alojado desde ciegos hasta participantes de programas de TV. De todo realmente”, afirma uno de los responsables del refugio Plaza de Mulas, el paraje más alto del mundo en su tipo, a 4260 metros sobre el nivel del mar.

Ubicado en el campamento base para ascender por la *Ruta Normal* (camino original del cerro sobre las laderas del noroeste), el área está destinada al asentamiento de los visitantes del parque, y sirve como resguardo del viento y las avalanchas. Allí hay agua potable, servicios médicos y algunos rincones calentitos junto al fuego pero, sobre todo, la experiencia de los hombres de montaña. Si bien nadie sale “de improviso” hacia semejante coloso, se sabe que los consejos de los montañistas y expertos en caminatas que habitan los refugios valen más que el oro de los ricos. En Plaza de Mulas se puede pernoctar, ya que posee capacidad para alojar hasta 80 personas, distribuidas en habitaciones dobles y cuádruples, y dormitorios comunitarios que incluyen una docena de camas, además de comer y disfrutar de las anécdotas de escaladores y senderistas de todo el planeta (Japón, Rusia o Israel, por ejemplo). Allí una conocida empresa brinda el servicio de guía de trekking y escalada, que incluye el transporte de equipos en mulas. Hay teléfonos públicos, servicios de wi-fi y la oficina del Correo Argentino más alta del país. Un sector permite cocinarse y adquirir algún menú rico en calorías en su comedor. “Tenemos recuerdos y banderas de todos lados, así la historia de los que pisaron esta montaña sigue viva y algún día será parte de un museo”, aseguran quienes se

>>>



Allá vamos. Los dos montañistas van camino al Centinela por el sendero que conduce a la base.

## CONSEJOS INDISPENSABLES

■ Partir con buena indumentaria y equipo es tan indispensable como el guía experto.

■ Para el trekking, hace falta una tienda de alta montaña, con bolsa de dormir que resista de 10ºC y -20ºc (generalmente de pluma o sintéticas). Además, una mochila de entre 50 y 70 litros, campera con membrana impermeable (Gore-tex), un polar, una remera interior, guantes de alpinismo y pantalón para caminatas. El calzado es clave: botas de trekking o zapatilla espaciales, con medias para tal caso. El equipo lo completan los bastones, una linterna frontal, lentes con protección UV 400, calentador a bencina o gas, un termo de acero, jarro térmico, un gorro y protección para el sol y un sistema de hidratación.

■ Si el desafío es la cumbre se debe conseguir una bolsa de dormir apta para temperaturas de -25ºC o -30ºC, una colchoneta autoinflable, una mochila con 10 litros más; una campera de duvet; otro pantalón interior y pasamontañas. Pera el equipo, unos grampones, piqueta de travesía; botas dobles, calcetines dobles, antiparras y un bolso porta equipo.









La cima del gigante de América, a 6962 metros sobre el nivel del mar.

>>>

encuentran allí desde el comienzo, en 1992. Saltear etapas en el proceso de aclimatación es muy riesgoso, por eso la estadía en la altura de Plaza de Mulas es determinante para el éxito de la ascensión.

**ALTERNATIVAS** El Aconcagua no está reservado únicamente para los que ponen entre ceja y ceja la cima. Emprender algunas de las decenas de opciones de caminatas por sus faldeos suele ser lo más recomendado para los iniciantes, y casi con seguridad, el paso previo a un intento de ascenso completo. Esta experiencia no demanda un excelente estado físico, y tampoco tanto equipamiento. Para realizarla se suele llegar hasta Plaza de Mulas, aunque muchos sugieren combinar la caminata con el sendero que lleva a Plaza Francia, la base considerada el inicio para la ascensión a la complicada Pared Sur. Aquí se puede acampar cerca de arroyos que bajan por los contrafuertes. El camino está perfectamente marcado por las largas caminatas de los andinistas y por la pisada de los animales de carga. Hay que aclarar que para poder ingresar al Parque Provincial es necesario sacar un permiso, que debe ser gestionado de manera personal, aunque muchas empresas del rubro facilitan el trámite.

Si bien cada grupo lleva su ritmo, las caminatas como el intento de cumbre (que puede durar entre 10 y 20 días aproximadamente, contando la aclimatación, la subida y bajada) debe realizarse con guía. Un itinerario base para hacer cima y partiendo por ejemplo del Puente del Inca dice que es factible llegar a Confluencia entre las tres y seis horas, y allí emprender camino a Plaza de Mulas (siete a 10 horas) o Plaza Francia (tres a cinco horas). En ese punto comienzan los días de aclimatación, subiendo y bajando distintas distancias. Una vez cumplido el requisito, ha llegado la hora de emprender el ascenso. Hay muchas combinatorias, aunque la mayoría elige el camino *Normal* (que por algo lleva su nombre) para el sueño de cumbre. Además de la aclimatación, es indispensable contar con un gran estado físico y un guía confiable, que no sólo sepa el camino, sino además leer los cambios climáticos y entender los estados de ánimo por los que cada participante puede pasar. Otra opción es la del Glaciar de los Polacos, pero allí hay que enfrentar los casi 3000 metros de desnivel de la temible Pared Sur (conquistada recién en 1954 por una cordada francesa). Aquí hay largos tramos de enorme dificultad técnica, y bajo el peligro de las constantes avalanchas.

Como quiera que sea (y por el camino que se elija con la recomendación de los guías) pasar algunas horas en el punto más cercano al cielo que existe, fuera del Himalaya, vale todo esfuerzo. Alcanzar su cumbre es ya un regalo que pocos afortunados guardan como un tesoro en su memoria.





Mitos argentinos: Gardel, Evita y Maradona, una obra del artista plástico Omar Gasparini.

## BARRIOS PORTEÑOS

# Calles de

POR PABLO DONADIO

**El pasado conjuga como piezas de un rompecabezas la identidad de La Boca. Tallado por la corriente inmigratoria y sus sueños de prosperidad, sus manzanas poblaron las cercanías del puerto. Allí el arte, el deporte y la cultura edificaron un barrio tan mítico como real.**

La Boca conduce irremediablemente a la nostalgia: sus calles de colores y adoquines, las ventanas por donde se cuela algún tanguito, y hasta el viejo envase de soda esperando en un zaguán al sodero, son un vivo recuerdo de eso que el barrio aún es, a fugaces minutos de la excitada Buenos Aires. Si bien ese sobrevolar artístico-cultural hace que los boliches milongueros, museos y reductos conocidos luzcan atestados de turistas en algunas épocas, el barrio conserva su ritmo, inmutable al cambio. Sin renegar por haberse convertido en una meca del turismo porteño, exhibe orgulloso sus matices portuarios y una humildad que se extiende más allá del centro, el Paseo Caminito y el estadio de Boca Juniors. Caminar adentro de sus conventillos implica llegar al hondo eco de la historia.

**COLORES HACEN HISTORIA** Abrazados a la necesidad y a la ilusión, numerosos inmigrantes provenientes de Europa arribaron desde fines del siglo XIX a lo que hoy es La Boca. Este lugar, que recibe su nombre por ser "boca" en la cual el Riachuelo vuelca sus aguas al Río de la Plata, les ofrecía en su puerto posibilidades de trabajo y vivienda, algo más que suficiente para quienes dejaban su tierra en busca de algún destino. Allí se instalaron, y sobre pilotes de quebracho que daban batalla a las permanentes crecidas del río, comenzaron a unirse maderas con chapas y colorearse paredes con pequeños sobrantes de pintura de los barcos. Así fue como nació el multicolor encanto de sus casitas, calles, paredes de baldíos y hasta cestos de basura. Al reflejo del sol rioplatense comenzó a esbozarse un mundo cosmopolita y multitono, que constituiría la particular estética que hoy lleva el barrio, una identidad que quedaría sellada por siempre desde el genial pincel de Benito Quinquela Martín.

Muchos historiadores dan vuelta un par de hojas más atrás y coinciden en señalar a La Boca como una suerte de punto de partida de la misma Buenos Aires. Se dice que sobre sus terrenos Pedro de Mendoza fundó la ciudad de Santa María de los Buenos Aires, allá por 1536, semilla germinal de la actual Ciudad Autónoma. Lo cierto es que a mediados del siglo XIX La Boca era un arrabal poblado de ran-



El Puente Nicolás Avellaneda, uno de los emblemas de La Boca.




La mítica esquina del Paseo Caminito. Hasta allí llegan miles de turistas cada año.



Farol y color. Una postal del popular barrio porteño.

*La Boca*

# hondo sentir

chos que empezaba a consolidarse, y sus pulperías brindaban refugio a trabajadores, viajantes y marineros de paso. La actividad del puerto crecía y con él surgía un verdadero barrio marino; el *Puerto de los Tachos*, conocido hoy como *Vuelta de Rocha*, fue por aquellos tiempos el centro de la escena. Sobre ambas márgenes del Riachuelo se instalaron talleres metalúrgicos, astilleros, saladeros, curtiembres, depósitos de carbón, silos y demás establecimientos que engrandecieron su nombre. Los nuevos habitantes fueron dando lugar a los famosos conventillos, donde las distintas nacionalidades podían reconocerse en una misma vereda simplemente por el idioma: una fiesta de tradiciones y usanzas. Allí se forjaría finalmente un barrio esencialmente obrero, enfundado en el sueño del "propietario", y cuyo espíritu gremial trascendería a mediados del siglo XX.

**CAMINO DE PROSPERIDAD**

El barrio crecía sin pausa. En 1887 el Censo Municipal arrojó una cifra de 24.498 personas distribuidas en 124 manzanas y nucleadas mayormente en la Vuelta de Rocha. Diez años después, La Boca era la segunda sección de la capital, con una población de 38.000 habitantes de los cuales 17.000 eran argentinos, 14.000 italianos, 2500 españoles y el resto pertenecientes a otras colectividades. Pero fue la llegada del ferrocarril (que unía La Boca con Plaza Once) y el tranvía, lo que modernizó un barrio que se llenó de grúas, artilleros y chimeneas, bajo una concepción verdaderamente apasionada del trabajo. Portuarios y ferroviarios terminarían por moldear aquello que ya tenía forma. Poco a poco se pobló de personajes bohemios que dedicaban sus horas a la pintura, la escultura y la música, transformando La Boca en un barrio donde todo aquello se fusionó con otro sentimiento arraigado a fuego en el dialecto xeneixe (el de los genoveses), con la fundación de Club Atlético Boca Juniors, eso que da en llamarse el indescriptible sentimiento azul y oro. Sobre la plaza Solís, aún late la rivalidad futbolística que vio nacer y mudarse al otro grande de la Argentina: River Plate. Cerca de allí se encuentra la iglesia San Juan Evangelista, a la que se ha dedicado algún fragmento de tango. De estilo románico y construida a fines del siglo XIX, es sin dudas una de las atracciones del lugar para los visitantes. En la misma zona se emplazan sobre el Riachuelo (que aunque cueste creerlo estuvo limpio y fue un importante balneario de aquellos tiempos), los dos legendarios puentes. Su trasbordador unía la ciudad con la provincia de Buenos Aires a través del Riachuelo, reemplazado luego por el puente vial construido en 1940. Sobre la avenida Brown puede apreciase la Casa Amarilla, réplica de la residencia del almirante Brown, prócer de la Guerra de la Independencia.

**PERSONAJES** Los escritos históricos del lugar califican a sus habitantes como "divertidos, ruidosos y melancólicos". Ese espíritu se mezclaba en los viejos cafetines con las penas de amor cantadas a los cuatro vientos, donde se recordará por siempre al músico y poeta Juan de Dios Filiberto, oriundo del barrio, que transformaría el particular "Caminito" por donde hoy desfilan mimos, artistas plásticos, malabaristas, músicos y bailarines, en un tango inmortal. Su aporte fue fundamental para la consolidación de este género musical y su posterior fama mundial. Ritmo, color y sonido fueron (y son) la principal característica que cada fin de semana deleita a los visitantes de estos pagos, enmudecidos por un fuelle y la guitarra, y atónitos ante los pasos que muchas parejitas enseñan a dar a quien se atreva al encanto de la milonga.

Y fue Benito Quinquela Martín quien difundió por el mundo el sentir boquense en una obra. Su estilo neoimpresionista, sumado a grabados y murales, refleja la rudeza de la vida portuaria de forma excepcional, como en "Tormenta en el astillero", "Puente de la Boca" o "Crepúsculo en el astillero". Su museo (Bellas Artes de la Boca de Artistas Argentinos), que supo de cierres y reaperturas, es el tesoro del magnífico patrimonio del autor.

Alfredo Palacios, abogado y primer diputado por el Partido Socialista en el continente, será otro nombre destacado que La Boca aportará al país, esta vez para la escena política. De los buenos ejemplos en la materia e inspirado en lecturas marxistas, el hombre de inconfundible bigote influirá en la época y aportará su percepción de lo argentino y latinoamericano.

Por todo esto (apenas un atisbo de la realidad) nadie debe dejar de conocer La Boca. Y hoy, si algo debe destacarse, es que el lugar supo conservar los usos y costumbres que muestran a propios y ajenos una personalidad muy definida. Aquel pasado renace en cada atardecer con la puesta del sol, y en aquellas lejanas cantinas, donde los comensales se reunían en interminables noches a puro baile y pastachutta. Arte, política, deporte, música y literatura han construido a La Boca, como peldaños, en un sitio intenso e inconfundible.

## Noticiero

### Parque Nacional Isla Pingüino

Una nueva área protegida interjurisdiccional marítima será creada frente a la localidad de Puerto Deseado, con lo cual Santa Cruz se convertirá en la provincia con mayor cantidad de parques nacionales. El Parque Nacional Isla Pingüino tendrá una superficie aproximada de 135 mil hectáreas ubicadas frente a las costas de Puerto Deseado, en donde hay islotes que resguardan a las principales especies de aves que nidifican en Patagonia. Además, en sus profundidades se encuentran las áreas de reproducción de merluza austral y calamar, especies que significan importantes recursos económicos. La propuesta, que ya cuenta con la anuencia del Poder Ejecutivo santacruceño, fue girada al área Legal y Técnica de Presidencia de la Nación para gestionar la firma de convenio de creación del área protegida. El parque marítimo sería el segundo en ser creado, ya que en la zona norte del Golfo de San Jorge, frente a las costas chubutenses, ya se sancionó la creación del primero –aunque de menor superficie–; y el número cuatro para la provincia, que se sumaría a Los Glaciares, Monte León y Perito Moreno.

### Pastoreo vacuno en El Palmar

La utilización del pastoreo vacuno como herramienta de manejo del ambiente de pastizal mostró resultados positivos en el Parque Nacional El Palmar, del departamento entrerriano de Colón, tras dos años de implementación. La iniciativa, analizada en numerosas instancias entre técnicos y guardaparques, fue legitimada a través de una resolución de Parques Nacionales. El manejo de ambientes con herbívoros tiene dos objetivos fundamentales: la restauración de ambientes para la flora y fauna nativas y la prevención de incendios forestales, a través del mantenimiento de cortafuegos. Por el momento, el pastoreo se hace en sectores que coinciden con los límites geográficos del Parque Nacional y en otros sitios estratégicos, en los cuales se intenta prevenir los incendios de campo.

**POR JUAN BAUTISTA AMBROSETTI ***


Como las fauces de un dragón sediento, la Garganta del Diablo absorbe millones de litros de agua por minuto.

**MISIONES** *Primer y segundo viaje a Misiones,* de Juan B. Ambrosetti

# Travesía al Salto del Iguazú

**En el año 1892, el naturalista Juan Bautista Ambrosetti formó parte de una expedición a las Cataratas del Iguazú. De esa experiencia dejó un vibrante testimonio en sus relatos de viaje por la tierra misionera. A continuación, un fragmento de su texto sobre la esforzada caminata al Gran Salto.**

Cuando empezó a aclarar ya estábamos de pie, rodeando un gran fuego que habíamos hecho sobre las piedras y saboreando un sabroso mate amargo, al mismo tiempo que la olla hervía preparando el desayuno. Como nunca se sabe lo que puede ocurrir en un viaje de esta naturaleza, siempre es conveniente tener por lo menos un almuerzo adelantado, tanto más que el estómago lo pide, estimulado por los madrugones, el aire fresco y puro, los mates y la necesaria y continua reposición de materia que tanto gasta el cuerpo en esa vida de actividad. (...)

Cargando Don Santos y los peones con sus respectivas bolsas y cada uno de nosotros con algo liviano, menos el Sr. Beaufils que se ofreció para llevar no sólo la escopeta sino también una canasta pesada con muchos objetos necesarios, emprendimos la marcha por el pedregal de la costa.

Al principio todo anduvo bien, pero poco a poco aquel ejercicio alpinístico sin botas especiales, ni *alpinstoc*, por entre ese infierno de piedras de todo tamaño, trepando aquí, bajando allá, deslizándonos sobre los grandes trozos caídos, apilados, amontonados, dispuestos en una confusión de las peores; sedientos bajo un sol que nos quemaba, al mismo tiempo que calentaba las piedras, cubiertos de un sudor copioso, sin recibir siquiera la caricia de un poco de aire fresco, cayéndonos a cada momento con peligro de rompernos algo entre las aristas filosas de las rocas, todo se hizo insoportable. (...)

El calor seguía sofocante en aquel río estrecho, tortuoso y encajonado entre sus altos paredones. El sol cayendo a plomo, reflejando en el agua y en las rocas desnudas sus rayos de fuego, sin brisa alguna, hacía desesperante y por demás lenta nuestra situación nada envidiable.

Allí, en el remanso, pudimos descansar un rato a la sombra, pero en cambio tuvimos que sufrir estoicamente para librarnos del sol y del ataque furioso de innumerables jejenes que no nos dejaban en paz.

Cuando junto con los peones concluimos de tomar el mate bienhechor, volvimos a emprender la marcha, siempre por entre las piedras, ya subiendo, ya bajando, hasta que llegamos frente a la Roca del Diablo, situada en el medio del río, desde donde divisamos a lo lejos los primeros saltos de la gran catarata.

Sobre las rocas, contemplando el magnífico espectáculo, tuvimos un gran momento: toda descripción es pálida e insuficiente para pintar aquellas aguas enfurecidas que venían río abajo bramando, rebotando en una avalancha vertiginosa, para rodear del modo más espantoso aquel peñón de piedra colocado allí en el medio, como cerrando el paso.

La Roca del Diablo y el Canal del Infierno son nombres muy bien aplicados. En este último, las aguas, en su carrera desenfrenada, forman olas de todas las formas imaginables que, sin seguir dirección, se atropellan, estallan, revientan, para chocar furiosas contra la negra piedra, entonando un himno grandioso de rugidos; y allá a lo lejos, dentro del marco salvaje de las altas barrancas, los primeros saltos blancos despeñándose entre el verde brillante de la vegetación.

Un grito de júbilo, un *hosanna* glorioso a esa naturaleza misteriosa, y un éxtasis contemplativo y fascinador nos produjo la vista de ese conjunto tan bello y terrible.

El sol, la fatiga, nuestra marcha jadeante, todo lo olvidamos; aquel preludio nos arrobaba por completo, no podíamos, no debíamos seguir más adelante, era necesario permanecer allí, saciarnos de emoción, embriagarnos de contento, aturdirnos con sus ruidos atronadores.

Del otro lado abandonamos la costa y entramos en el monte. Otro *via crucis* nos esperaba; con la lluvia aquello estaba imposible, todo vertía agua, las hojas, ramas, árboles, etc., y para peor tuvimos que marchar subiendo el cerro que lo cubría por sendas cerradas, resbalando en el barro, cayendo, agarrándonos de las plantas rastreras, arañándonos con las espinosas y haciendo mil reverencias involuntarias al fastidioso tacuarembó que se nos atravesaba por delante. (...)

Un fenómeno curioso de adaptación observé esa vez. Todos temíamos las víboras, pero nadie se preocupó de ellas y seguramente debajo de toda aquella malla vegetal debía haber muchas. El monte tiene la propiedad, a mi modo de ver, de imponerse tanto, que elimina completamente todas las ideas preconcebidas que puedan llevarse. Aquella majestad, la claridad difusa y melancólica que lo inunda, sus perfumes y su atmósfera predisponen a un estado de depresión moral, y de indiferencia tal por todo lo que sea peligro que hacen al desear sólo una cosa: salir lo más pronto de allí para poder respirar mejor. (...)


Un cuadro de la selva pintado por el misionero Zygmunt Kowalski.

Después de que cesó la lluvia y antes de abandonar el campamento, coloqué debajo de la inscripción que habíamos grabado en el árbol, dentro de un cartucho vacío de carne Kemmerich, una hoja de mi libreta en la que escribí lo siguiente: “La Comisión Nord Este del Museo de La Plata, compuesta de los Sres. Juan B. Ambrosetti, Adolfo Methfessel y Emilio Beaufils y acompañados de los Sres. Santos Escobar, Juan Aquino y Joaquín Gonçalvez, llegó a este punto el 21 de septiembre de 1892 y siguió el 22 para el Salto. La Comisión saluda a los futuros viajeros”.

A las 10 de la mañana salió el sol y emprendimos la marcha hacia el Salto. Bajamos el cerro donde estábamos, un poco a la izquierda del Salto Alsina, hasta llegar a la costa del torrente por donde desembocan también sus aguas. (...)

El cuadro no podía ser más interesante y bello: desde una altura de 30 metros, más o menos, aquellos dos chorros gruesos, separados por una preciosa islita central, cubierta de una magnífica vegetación mostrando en primer término un grupo artístico de palmeras, se despeñaban formando un arco elegante, y resaltando su blancura de leche sobre el paredón negro. A veces las aguas tomaban tintes amarillentos rojizos, que los tornaban más bellos aún, contrastando con la masa de espumas albas, que producían al caer, mientras se elevaban con intermitencias grandes nubes de vapor.

Pegadas a las rocas del paredón, al lado del primer chorro, un enjambre de golondrinas con las alas extendidas se bañaban refrescándose entre aquel polvo de agua (...)

El estupor, la admiración, el terror y la alegría indescriptible pasan sucediéndose por uno que mira, admira, observa y contempla aquella masa enorme de agua que se precipita en ese inmenso y alto anfiteatro de piedra, coronado por una vegetación lujuriosa dispuesta espléndidamente, mientras se escucha aterrado el formidable ruido de las caídas, en medio de aquel éxtasis fascinador que no termina.

Un religioso pavor infunde la contemplación de esa espantosa caldera formada por un desgarramiento inmenso de aquella masa de rocas eruptivas al enfriarse, cuyos contornos el trabajo incesante del agua se encargó de modificar, y aquel cúmulo de peñas amontonadas y descompuestas por ella en la continua lucha de los elementos.

El nivel del Iguazú, colocado a sesenta metros de altura, tiene un ancho calculado en más de tres mil metros y la colosal napa de agua que contiene, es la que se precipita hacia abajo por entre el grandioso archipiélago de islas, que cubiertas de risueña vegetación separan las distintas caídas de todo tamaño, pequeñas, grandes y enormes, despeñándose íntegras o rebotando en un segundo plano inferior para volver a caer hasta el lecho del río, arrastrando con ellas troncos, ramas y piedras que se quiebran, rompen y estallan.

A lo lejos, a la izquierda, los saltos brasileños atronando el aire con su ruido formidable se despeñan en una especie de inmenso embudo, levantando densas columnas de vapor, y mostrando la amplia línea de su gran extensión.

Del embudo, formado en parte por una gran meseta montuosa cubierta de radiante bosque del que se destacan graciosas palmeras, sale un brazo del Iguazú por donde el agua furiosa vuela en una carrera desenfrenada.

La meseta termina a la derecha por una parte lisa, casi plana, por donde corre el agua que cae del plano superior, envolviendo con sus agitadas espumas grandes fragmentos de rocas negras suspendidas en el abismo por una fuerza misteriosa, pero prontas al parecer a despeñarse con horrible estrépito.

En el fondo, detrás de todo, en forma de arco se despeña una inmensa cortina de agua que cae incesante, dividiéndose en algunas partes y mostrando entre ellas trozos negros del paredón de piedra.

Adelante y en el centro del Salto, a la derecha de la meseta donde forma un semicírculo, el movimiento de las aguas es espantoso; los chorros caen todos en formas diversas, produciendo una confusión terrorífica y presentando de todas partes una doble caída en dos planos y de todos lados.

Los colores de aquella agua toman tintes variados hasta el infinito, según si las ilumina el sol que sale y se oculta entre las masas colosales de vapor que se levantan, el hervor de las espumas al chocar contra las piedras o según la mayor o menor cantidad de arena que arrastren, mientras que, como prenda de paz ante aquel rugido sin cesar, grandes arco iris surcan el ambiente con sus líneas multicolores. (...)

* Autor de *Primer y segundo viaje a Misiones*. Editorial Albatros.